Acracia

VALDIVIA - DICIEMBRE 2015 - N°49



QUE LA LIBERTAD SEA NUESTRE EJERCICIO

CONTENIDOS:



El 2015 ha sido el año de consolidación y amplificación del proyecto federativo de los anarquistas en Valdivia, a los conocidos grupo Acracia, Señal loica y Vecinos sin techo, se suman el CDS "Chaveta Cortes" y el archivo "Valentina Salas". Todo esto enmarcado en la lógica del trabajo autónomos de grupos federados en anarquía, esto es sin jefes, amos, ni capos. Es un proyecto (aún) abierto desplegado en horizontalidad, para autoeducarnos y llevar y propagar la anarquía hasta el último rincón de la región, y de este modo ir desarrollando las redes de apoyo mutuo necesarias para la difusión y organización contra el sistema capitalista explotador.

Hemos encontrado nuestras mejores herramientas con la relación entre semejantes, respetando que no todos pensamos ni obramos iguales. Este es un punto fundamental en lo que ha sido la reestructuración de la federación. Ya que esta propugna el carácter sintético de la misma, esto no es la aceptación al estilo de Volín, ni mucho menos la pananarquia de Faure, es el simple reconocimiento que, en el temperamento humano, hombres y mujeres vivenciamos las experiencias prácticas de distintos modos, y estos distintos modos no son reducibles a una ecuación matemática -como tanto les gusta a los amantes del marxismo-, y de quienes diciéndose anarquista gustan organizarse con el ¿Qué hacer? bajo el brazo, predicándoles a todos los demás como se debe ser y parecer anarquista. Cuestiones que los distintos grupos estamos en completo desacuerdo, quizás dentro de toda la variedad de tendencias y trabajos que se expresan en la federación, lo único que nos mantiene asidos es el enorme animo de tolerancia, y respeto al trabajo que cada uno lleva, donde, cada cual aporta –si quiere y puede- en aquello que es más su agrado, así sumamos los esfuerzos individuales, que resultan en un puñado de trabajos activos hoy en la región. Así cada grupo ve reflejado en sí mismos, la diversidad de pensamiento y acción, que no se pueden doctrinar, o domesticar, a reducir el enorme trabajo de emancipación social por el mero programa, o la triste repetición de consignas anacrónicas.

Reconociendo en el otro mi igual, y junto a este ampliando mi libertad, ¿habría yo, o el de tener razón en todo?, bueno, lo más probable es que no, sin embargo trabajando codo a codo, podríamos ir resolviendo juntos estas disyuntivas. Buscando la simpleza de las soluciones, tomadas en común, y de libre acuerdo.

Esta forma de trabajo nos ha facilitado llegar a la gente común y silvestre. Volviendo sobre una relación dialógica, que busca recordarles a nuestros adormecidos vecinos, que hay vida fuera de los burócratas que nos tiranizan en la miseria, que la libertad es un trabajo colectivo, y que ancla la reflexión: "como no me gusto ser tiranizado, yo tampoco quiero tiranizar a otros", para llevar sus implicancias a la práctica efectiva de la política anarquista (si se la quiere llamar así), y reivindicar este principio como un fundamente ético de primer orden, y que nos remite directamente al cómo vivimos y tratamos justamente la diversidad. Así cuando hablamos del carácter sintético es porqué reconocemos que es "artificioso", no por que hayamos construido o desarrollado una síntesis final y original del anarquismo. De hecho no creemos que estemos desarrollando nada muy nuevo, más sino, el eterno llamado de los anarquistas para asociarse y construir el mundo del porvenir, este los construiremos también con nuestros errores, nuestros desaciertos y contradicciones. No tenemos verdades absolutas, ni grandes planos preestablecidos en un programa, por el contrario tenemos nuestros sesos y músculos prestos, listos para debatir y trabajar entre todxs lxs oprimidxs y explotadxs con sed de libertad. No buscamos construir la ilusión de verdad sobre lo que es o no el anarquismo y la anarquía, sino que buscamos un camino valido y viable hacia el mismo, enraizada a una construcción muy propia y local, con todo el contenido universalizador de la practica de la libertad.

SECRETARIO DE COMUNICACIONES
-FALV-

¿SOMOS LO SUFICIENTEMENTE BUENOS?

Por *Piort Kropotkin*

Una de las objeciones más comunes al comunismo es, que los seres humanos no son lo suficientemente buenos como para vivir en una situación comunista. Que no se someterían a un comunismo obligatorio, y que aún no están maduros para el comunismo libre anarquista. Que siglos de educación individualista les ha vuelto demasiado egoístas. Que la esclavitud, la sumisión ante el fuerte, y el trabajo bajo el látigo de la necesidad, les ha vuelto inadecuados para una sociedad en la que todos fuesen libres y no supiesen de obligación excepto de la que resulta de un compromiso adoptado libremente para con los demás, y de la desaprobación si no cumpliese con tal compromiso. Por lo tanto, se nos dice, es necesario un estado intermedio de transición de la sociedad como un paso hacia el comunismo.

Viejas palabras en una forma nueva; palabras dichas y repetidas desde el primer intento de toda reforma, política o social, en toda sociedad humana. Palabras que oímos antes de la abolición de la esclavitud; palabras dichas veinte y cuarenta siglos atrás por quienes gustan demasiado de su propia quietud como para gustar de cambios rápidos, a quienes la osadía de pensamiento les aterra, y quienes no han sufrido suficiente por las injusticias de la sociedad presente como para sentir la profunda necesidad de nuevas soluciones!

¿Los seres humanos no son lo suficientemente buenos como para el comunismo, pero lo son para el capitalismo? Si todos los seres humanos fuesen bondadosos de corazón, amables, y justos, nunca se explotarían los unos a los otros, aunque poseyeran los medios para hacerlo. Con seres humanos como tal la propiedad privada del capital no sería un peligro. El capitalista se apresuraría a compartir sus ganancias con los trabajadores, y los trabajadores mejor remunerados con aquellos que sufren por causas ocasionales. Si los seres humanos fuesen previsores no producirían terciopelo y artículos de lujo mientras se requiera alimento en los poblados: no construirían palacios mientras aún existan tugurios.

Si los seres humanos tuviesen un sentimiento de igualdad profundamente desarrollado no oprimirían a otros seres humanos. Los políticos no engañarían a sus electores; el parlamento no sería una caja de parloteos y trampas, y los policías de Charles Warren se rehusarían a apalear a los oradores y auditores de la plaza de Trafalgar. Y si los seres humanos fuesen corteses, respetuosos de sí mismos, y menos egoístas, incluso un mal capitalista no sería un peligro; los trabajadores pronto le habrían reducido al papel de un simple administrador-de-camaradas. Incluso un rey no sería peligroso, porque las personas le considerarían meramente como un semejante incapaz de hacer mejor trabajo, y por ende encomendado a firmar estúpidos papeles para enviarlos a otros excéntricos que se hacen llamar reyes. Pero los seres humanos no son tales prójimos libres de mente, independientes, previsores, amorosos y empáticos como nos gustaría verles. Y precisamente, por eso, no deben seguir viviendo bajo el sistema presente que les permite oprimir y explotar a otros. Tomemos, por ejemplo, a aquellos sastres sacudidos por la miseria que desfilaron el pasado Domingo en las calles, y supongamos que uno de ellos haya heredado cien libras de un tío en América. Con esas cien libras es seguro que no comenzará una asociación productiva para una docena de semejantes sastres abatidos por la misera e intentar mejorar su condición. Se volverá un explotador. Y, por lo tanto, decimos que en una sociedad donde los seres humanos son tan viles como este heredero es muy difícil para él rodearse de sastres sacudidos por la miseria. Tan pronto como pueda les explotará; mientras que si estos mismos sastres tuviesen un vivir asegurado, ninguno de ellos sudaría para enriquecer a su ex-camarada, y el joven explotador no se convertiría en la muy mala bestia en la que seguro se convertiría si sigue siendo un explotador.

Se nos dice que somos demasiado serviles, demasiado pretenciosos, como para situarnos bajo instituciones libres; pero nosotros decimos que ya que por cierto somos tan serviles ya no debemos seguir más bajo las instituciones presentes que favorecen el desarrollo del servilismo. Vemos que británicos, franceses, y americanos despliegan el más desagradable servilismo hacia Gladstone, Boulanger, o Gould. Y concluimos que en una humanidad ya dotada de tales instintos serviles es muy malo tener a las masas forzosamente privadas de una educación más elevada, y obligada a vivir bajo la presente injusticia en riqueza, educación, y conocimiento. Una instrucción más elevada y una igualdad de condiciones serían los únicos medios para destruir los instintos serviles heredados, y no podemos nosotros comprender cómo los instintos serviles pueden convertirse en argumento para mantener, incluso por un día más, la desigualdad de condiciones; para rechazar la igualdad de instrucción para todos los miembros de la comunidad.

El espacio es limitado, pero sometamos al mismo análisis cualquiera de los aspectos de nuestra vida social, y verán que el presente sistema capitalista y autoritario es absolutamente inapropiado para una sociedad de seres humanos tan imprevisores, tan rapaces, tan egoístas, y tan serviles como lo son ahora. Por lo tanto, cuando oímos a personas diciendo que los anarquistas imaginan a los seres humanos mucho mejores de como realmente son, nos preguntamos simplemente cómo personas inteligentes pueden repetir aquel absurdo. ¿No decimos acaso contínuamente que el único medio para volver a los seres humanos menos rapaces y egoístas, menos ambiciosos y menos serviles al mismo tiempo, es eliminar aquellas condiciones que favorecen el crecimiento del egoísmo y la rapacidad, del servilismo y la ambición? La única diferencia entre nosotros y aquellos que formulan la objeción anterior es esta: Nosotros no exageramos, como ellos, los instintos



inferiores de las masas, y no cerramos nuestros ojos complacientemente a los mismos malos instintos en las clases altas. Mantenemos que ambos, dominadores y dominados se pudren con la autoridad; ambos, explotadores y explotados se malogran con la explotación; mientras nuestros oponentes parecen aceptar que existen unos panes de dios — los gobernantes, los empleadores, los líderes — quienes, con gusto, previenen que los seres humanos malos — los gobernados, los explotados, los conducidos — se vuelvan peores de lo que son.

Ahí está la diferencia, y es una muy importante. Nosotros admitimos las imperfecciones de la naturaleza humana, pero no hacemos excepciones para los dominadores. Ellos sí lo hacen, aunque a veces inconscientemente, y, debido a que nosotros no hacemos tal excepción, nos dicen ellos que somos soñadores, que somos 'poco prácticos'.

Una antigua disputa, aquella entre los 'prácticos' y los 'poco prácticos', los supuestamente utopistas: una disputa que se renueva ante cada cambio propuesto, y que siempre termina en la total derrota de quienes se autodenominan personas prácticas.

Muchos debemos recordar la disputa que se propagó en América antes de la abolición de la esclavitud. Cuando se defendió la completa emancipación de los negros, los prácticos solían decir que si a los negros ya no se les obligara a trabajar mediante el uso de los látigos de sus amos, no trabajarían en absoluto, y pronto se volverían una carga para la comunidad. Los látigos gruesos podían ser prohibidos, decían, y el grosor de los látigos podría ser reducido progresivamente por la ley a media pulgada primero y luego a una pequeñez de unas pocas décimas de pulgada; pero algún tipo de látigo debe mantenerse. Y cuando los abolicionistas dijeron — tal como decimos nosotros ahora — que el goce del producto de la propia labor sería un inductor mucho más poderoso para el trabajo que el más grueso de los látigos, 'tonterías, mi amigo,' les dijeron — tal como se nos dice ahora. 'No conoces la naturaleza humana! Años de esclavitud les ha vuelto imprevisores, flojos y serviles, y la naturaleza humana no puede cambiarse en un día. Estás impregnado, claro, con las mejores intenciones, pero estás siendo "poco práctico".

Bueno, por un tiempo los prácticos tuvieron su propio modo de elaborar planes para la emancipación gradual de los negros. Pero, ay!, los planes probaron ser bastante poco prácticos, y la guerra civil — la más sangrienta registrada — rompió. Pero la guerra resultó en la abolición de la esclavitud, sin ningún período de transición; — y ya ven, ninguna de las terribles consecuencias previstas por los prácticos acaeció. Los negros trabajan, son industriosos y laboriosos, son previsores — demasiado previsores, de hecho — y el único arrepentimiento que se puede expresar es, que el plan defendido por el ala izquierda del campo poco práctico — la igualdad completa y la distribución de tierras — no se realizara: hubiese ahorrado muchos problemas.

Alrededor del mismo tiempo una disputa similar se propagó en Rusia, y su causa fue esta. Había en Rusia 20 millones de sirvientes. Por varias generaciones habían estado bajo la dominación, o mejor dicho, la vara, de sus amos. Eran azotados por arar mal sus suelos, azotados para que hicieran el aseo en sus hogares, azotados por la imperfección en el tejido de sus vestimentas, azotados por no casar antes a sus niños y niñas — azotados por todo. Sevilismo, imprevisión, eran sus supuestas características.

Luego vinieron los utopistas y demandaron nada menos que lo siguiente: completa liberación de los sirvientes; abolición inmediata de toda obligación de los sirvientes hacia el señor. Más que eso: abolición inmediata de la jurisdicción del señor y su abandono de todos los asuntos sobre los que antes juzgaba, en tribunales campesinos elegidos por los campesinos y que juzgaba, no de acuerdo a la ley, que no conocen, sino a sus constumbres no escritas. Tal era el plan poco práctico del campo poco práctico. Fue tratado como mero desatino por los prácticos.

Pero felizmente había en esos tiempos en Rusia una buena cantidad de poca practicabilidad en los campesinos, quienes se sublevaron con palos contra las armas, y se rehusaron al sometimiento, no obstante las masacres, y por lo tanto reforzaron el estado mental poco práctico a un grado tal como para permitir que el campo poco práctico forzara al zar a firmar su plan — aún mutilado en algún grado.

Los más prácticos se apresuraron a abandonar Rusia, para que no les cortaran la garganta pocos días después de la promulgación de aquel plan poco práctico.

Pero todo continuó bastante bien, no obstante los diversos traspiés cometidos aún por los prácticos. Estos esclavos a los que se les reputaba como imprevisores, brutos egoístas, y demás, deplegaron tan buen sentido, tanta capacidad de organización como para superar las expectativas de incluso los más poco prácticos de los utopistas; y en tres años después de la emancipación la fisionomía general de los poblados había cambiado completamente. Los esclavos se estaban convirtiendo en seres humanos!

Los utopistas ganaron la batalla. Probaron que ellos eran los realmente prácticos, y que quienes pretendían ser prácticos eran imbéciles. Y el único arrepentimiento expresado ahora por todos quienes conocen el campesinado ruso es, que demasiadas concesiones les fueron hechas a aquellos imbéciles prácticos y egoístas estrechos de mente: que el consejo del ala izquierda del campo poco práctico no haya sido seguido a cabalidad.

No podemos ya dar más ejemplos. Pero invitamos fervorosamente a quienes gustan de razonar por sí mismos a estudiar la historia de cualquiera de los grandes cambios sociales que han ocurrido en la humanidad desde el levantamiento de las comunas a la Reforma y a nuestros tiempos modernos. Verán que la historia no es más que una lucha entre dominadores y dominados, opresores y oprimidos, en la que el campo práctico siempre toma parte del lado de los dominadores y los opresores, mientras que el campo poco práctico toma parte del lado de los oprimidos; y verán que la lucha siempre termina en una derrota final del campo práctico luego de mucha sangre derramada y sufrimiento, debido a lo que llaman su 'buen sentido práctico'.

Si al decir que somos poco prácticos nuestros oponentes quieren decir que prevemos la marcha de los eventos mucho mejor que los cobardes prácticos cortos de vista, entonces tienen razón. Pero si quieren decir que ellos, los prácticos, tienen una mejor previsión de los eventos, entonces les enviamos a la historia y les pedimos que se dispongan a concordar con sus enseñanzas antes de realizar tan presuntuosa afirmación.

Traducción al castellano:
@rebeldealegre
Original aparecido en *Freedom*
21 de Junio de 1888

OJOS PELADOS

No podía dejar de teclear y pronto la horrorosa monotonía rítmica de mi labor me cansó. En un arrebato de frustración acumulada, dejé mi pobre piececita estudiantil y bajé las escaleras. Supuse que dar un paseo sería la solución a la trepidación casi patológica que enconaba mis ánimos. Tenía dinero como para no avergonzarme al entrar a algún café. Que conste que nunca he sido borracho, pero sentí la necesidad de zamparme una botella de cerveza fría. Fue para mí como evocar una tierna comida casera (¡Hace tantos años que no pruebo un plato de comida hecha en casa!). Con esa fuerza espiritual anhelaba sorber una botella casi congelada, que hiriera mis manos al sostenerla por mucho tiempo. Avanzaba por las calles de la ciudad ajena, buscando un lugar para calmar mi sed. Nunca he sido borracho, pero llegué al bar y pedí enseguida mi gélida botella, solo mía, mía. Era un lindo local, que en su rusticidad escondía una delicadeza única. Cada silla era distinta, cada mesita estaba dispuesta de tal manera, que aprovechaba a la perfección con el espacio del que disponía el local. En el centro de cada una de ellas, una trozo de losa pintarrajeado individualmente. Cada centímetro del bar era tan único, no sé cómo nunca había entrado. No estaba para nada lleno. Solo un par de hombres sentados solos por aquí y por allá, sumidos en sus cervezas y en sus celulares. Revisé el mío, por si Daniel me había escrito. No, nada. Sería mejor olvidarlo, pensé, y estoy en el lugar correcto.

Aquí está, bien heladita, caballero. Gracias por lo de caballero. El mozo se enrojeció; una bella criatura de fuertes brazos. Se fue después de dedicarme una sonrisa confusa. Todo los hombres tenemos esa resistencia a los halagos, aunque sean invisibles, o al menos, tan visibles como puede serlo una mirada.

Tomé mi cerveza como deben tomarla los borrachos. Después pedí otra y después otra. Y yo, que nunca he sido un ebrio vagando por la ciudad a pleno día, aquella tarde lo fui.

Pague mi consumo, contento y entusiasmado; creí beber trocitos de nube líquida, y pagar tan poco por ellos me hizo sentir casi un forajido. Confieso que cada momento a partir de ahí se nubla. Las imágenes existen en mi mente, pero una bruma o mejor dicho una neblina las desenfoca. Recuerdo mi risa sardónica.

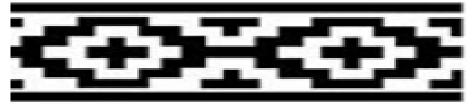
Salí del local y quise cantarle una serenata al rio y su fluir tan sensual e inocente. Hay tanto amor en mi cuerpo, lo prometo, y quise cantarlo tan fuerte que todos supieran que hasta la más vengativa de mis lágrimas es un acto de amor. Canté y canté, ahora recuerdo que todos se reían de mí. No me importa, estoy orgulloso de haber regalado una sonrisa o una carcajada. Mi delirio de cerveza y sol tuvo que terminar y fue antes del anochecer, sentado en los pastos de algún edificio insigne, que supe, como se sabe que son reales las cosas que se ven, que no podía dejar que Daniel siguiera domándome. Después de todo, me había revelado ante mí; yo era un forajido: estaba destinado a dejar todas mis preocupaciones urbanas y arribistas y salir a la vida a enamorar y a enamorarme de cada criatura bella dispuesta a aceptar mi extraño corazón. llegué a la pensión y subí las escaleras vuelto una locomotora. Guardé decididamente mis pertenencias básicas. Bajé con mi bolso a la cocina, decidido a liberarme. Lo siguiente que ocurrió no lo recuerdo bien; tengo apenas algunos relámpagos desordenados de conciencia de aquella noche. Solo sé que de alguna macabra forma, y, según comentan, vestido en risa, clavé un vulgar cuchillo de cocina en el pecho de Daniel, hiriéndole de muerte su negro corazón. Me contaron que su sucia alma no demoró en salir de su cuerpo frío y que yo reía y reía, ebrio de libertad, seguramente.

Ningún hombre en su sano juicio adjudicaría a la cerveza lo que le hice a Daniel. Fue más bien una rabia densa, que rompió el delicado satén de mis inhibiciones. Quería hacerlo, esa es la verdad. Ahora



sé que fue solo despecho, pero no tengo amargura al respecto. Es más bien una oportunidad; nunca más depender de Daniel, de sus ojos fieros y sus manos fuertes. Adiós para siempre, él ya no existe. Y siento que al fin podré empezar de nuevo. A teclear infinitamente mis poemas absurdos sin pensar en él hasta dormirme, con los ojos pegados de lágrimas…

Adolfo Rosas



"Ser oprimido, ser opresor, o cooperar voluntariamente para el bien común; no hay otra alternativa posible, y los anarquistas están naturalmente a favor de la cooperación deliberada y libre. Que no nos vengan con filosofías a hablarnos de egoísmo, altruismo u otros rompecabezas.
Estamos de acuerdo: todos somos egoístas, todos buscamos nuestra satisfacción. Pero es anarquista aquel cuya máxima satisfacción es la de luchar por el bien de todos, por la realización de una sociedad en la que él pueda encontrarse, hermano entre hermanos, en medio de hombres sanos, inteligentes, cultos y felices. El que, en cambio, puede adaptarse, contento, a vivir entre esclavos y a sacar provecho del trabajo de los esclavos, no es, no puede ser anarquista".

Errico Malatesta



ELOGIO A LA VIDA

La autoridad

La obediencia es la muerte. Cada instante en que el hombre se somete a una voluntad extraña es un instante arrancado a su propia vida.

Cuando el individuo se ve obligado a efectuar un pacto contrario a su deseo o se ve impedido para actuar de acuerdo con su necesidad, deja de vivir su propia vida y, mientras que el que manda aumenta su poder vital gracias a la fuerza de los que se le someten, aquel que obedece se aniquila, se ve absorbido por una personalidad extraña; ya no es más que fuerza mecánica, herramienta al servicio del amo.

Cuando se trata de la autoridad ejercida por un hombre sobre otros hombres, por un soberano déspota sobre sus súbditos, por un patrón sobre sus obreros, por un señor sobre sus criados, enseguida se comprende que esta personalidad emplea la vida de quienes se le someten para dar satisfacción a sus placeres, a sus necesidades o a sus intereses: o sea, para el embellecimiento y la ampliación de su propia vida en prejuicio de la de los demás. Lo que no suele entenderse tan claramente es la nefasta influencia de las autoridades de orden abstracto: las ideas, los mitos religiosos o de cualquier otro tipo, las costumbres, etc. Sin embargo, todas las manifestaciones exteriores de la autoridad tienen su origen en una autoridad mental. En efecto, ninguna autoridad material, ya sea las de las leyes o la de los individuos, posee su fuerza y su razón en sí. Ninguna se ejerce realmente por sí misma: todas se basan en ideas. Y, si el hombre llega a aceptar su realización tangible en las diversas formas revestidas por el principio de autoridad, es porque primero se doblega ante estas ideas.

La obediencia tiene dos fases distintas:

• Se obedece porque no puede hacerse otra cosa.

• Se obedece porque se cree que se debe obedecer en las condiciones de vida casi animal en que vivieron los primeros pueblos humanos, la voluntad del más fuerte era la ley suprema ante la cual debían, doblegarse los más débiles. <>, dice el que se siente con fuerza suficiente para obligar a otro a obedecerlo. Esta coacción no implica sanción moral alguna. Uno quiere porque tal es su placer. El otro obedece porque teme a la violencia. Pero el que obedece por temor, si logra ponerse fuera del alcance de las represalias, se apresura a actuar a su antojo, satisfecho de su libertad, dispuesto, a su vez, a imponer su voluntad a quien sea más débil que él. Este dominio a través de la fuerza física no puede, en verdad, ser llamado autoridad: no pasa de ser una coacción pasajera y únicamente material, no aceptada por la voluntad del que obedece. Sólo el dominio ejercido en nombre de ideas abstractas por el más débil sobre el más fuerte y aceptado por éste, constituye la autoridad. Se entra entonces en la segunda fase: uno obedece porque se imagina que es necesario obedecer. Cuando las condiciones del entorno permiten que los hombres empiecen a reflexionar, aquellos cuya mentalidad está más desarrollada sienten el deseo de lograr la obediencia de los demás, ya sea por un interés puramente egoísta, ya sea, las más de las veces, porque habiéndose formado un ideal de vida que juzgan conveniente para el grupo al que pertenecen, desean verlo realizado.

El hombre, por la ignorancia, acepta la autoridad del mismo modo que también aceptará por ignorancia todas las que a continuación vayan surgiendo.

A través de estas leyes misteriosas, presentadas como la expresión de una voluntad extraterrestre, los jefes religiosos dominarán al hombre, ya no diciéndole aquel <que se dirigía al cuerpo y al cual él podía sustraerse, sino diciéndoles>. Así ya no es posible fuga alguna para vivir libremente fuera de la presencia del jefe

temible por su fuerza. A partir de este momento, el hombre tiene una coacción invisible: la voluntad de dios, que acarrea como un fardo. Adonde quiera que vaya, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, su memoria le repetirá lo que debe hacer o evitar. Se le ha enseñado a distinguir el bien del mal.

En todas las épocas, el hombre, como cualquier ser, ha distinguido las cosas que le procuran satisfacción de aquellas que le producen sufrimiento. En ningún momento fue preciso enseñarle este mal y este bien naturales. Sin embargo, apoyándose en la voluntad expresada por los dioses, voluntad incomprensible e indiscutible, se le obligó a aceptar como la expresión del bien la resignación pasiva, la sumisión ciega, el dolor, la renuncia a las aspiraciones más naturales: el mal bajo todas sus formas. El mal oficial es aquí la propia vida con todos sus deseos y alegrías, su necesidad de libertad, su curiosidad por las cosas, su curiosidad de rebeldía, su horror por el sufrimiento, todo cuanto es bello y verdadero.

Los primeros códigos, escritos o no, fueron muy distintos según los medios o las razas donde se originaron y sufrieron numerosas modificaciones en relación con la evolución de las sociedades. Pero cualesquiera que sean las leyes y las fuerzas sociales ante las que se inclinan los hombres, lo cierto es que su poder está subordinado a la aceptación de un código moral.

Sólo el hombre que, por una prevención del sentido natural, cree en el bien-sufrimiento, en el bien- desagradable y en el mal como fuente de goce, puede entender la necesidad de una organización destinada a imponer el bien por la fuerza y a reprimir por la violencia a los que estarían tentados de entregarse al mal para obtener de él una satisfacción.

En la lucha suscitada por el antagonismo que existe entre el verdadero interés del individuo y la regla de conducta a la que cree que debe conformarse, el hombre se habitúa a la sujeción y está dispuesto a aceptarla cuando ésta se manifiesta a través de una autoridad exterior. Claro que pelea y discute; el bien y el mal difieren de un individuo a otro, de un pueblo a otro; uno se enorgullece de lo que el otro reprueba, pero, en el fondo, el principio es siempre el mismo. Cuando alguien pretende eliminar la moral del vecino y el aparato autoritario por el que se impone, su objetivo es sustituirla por su propia moral que, al igual que otra, tendrá que imponerse por la fuerza a aquellos que no la admitan. Como siempre hay muchos puntos comunes entre las personas de la misma raza, en general los beligerantes acaban prefiriendo sacrificar algo de su concepción del bien, mientras sus adversarios se erigen en guardianes del código. De este modo ambos evitan al enemigo común: el hombre verdaderamente libre que actúa según su necesidad sin someterse a nadie.

Si el hombre menos ignorante hubiese mantenido la distinción que en sí mismo tan profundamente siente -el bien útil, el mal nocivo-, poco a poco habría progresado, empleando los mejores medios para evitar el sufrimiento y satisfacer sus necesidades materiales e intelectuales. Habría habido higienistas, inventores, sabios de todos lo géneros. La credulidad, sin embargo, hizo que se sometiera ante las supuestas voluntades de seres quiméricos; y así hubo padres, reyes, guerreros, políticos; sufrió, lloró, martirizó su propia carne para salvar el alma, sacrificando su existencia a supuestos deberes sociales.

En las sociedades modernas, la autoridad ya no está basada oficialmente en una divinidad. Se habla aún en ellas del bien y del mal, pero en realidad el cumplimiento de las leyes llamadas morales (desde que se dejó de llamarlas divinas) ya no es obligatorio. Del bien solo se retiene aquello que los legisladores consideran útil y lucrativo para el orden social del momento. Ciertamente la virtud sigue siendo recomendada en bellos discursos, pero el vicio es mucho mejor aceptado.

Ya no nos piden que salvemos el alma, basta con ser una persona honesta, o sea, que actuemos según la voluntad de los legisladores en los actos externos de nuestra existencia.

Por limitada que sea esta concepción tiene suficientes elementos para provocar bastantes víctimas: la honra, el patriotismo y otras virtudes laicas han matado tanta gente como antiguamente lo hicieron los dioses. Y así continuará mientras el hombre procure su regla de conducta al margen de la ciencia, única entidad capaz de esclarecerlo respecto a sus intereses efectivos y única autoridad que debe reconocerse.

Los primeros legisladores, al imponer códigos en nombre de los dioses, no tuvieron que exaltar su moralidad; los hombres habituados a obedecer simplemente por la fuerza se sometieron, una ves más, por temor a una fuerza mayor.

Pero después al dejar de creer en los dioses, el hombre, liberado de sus terrores, debía lógicamente dejar de obedecer a todo lo que no estuviera en armonía con su interés. Todavía estamos lejos de tal resultado.

Del antagonismo de los intereses: Cuanto más se aleja el hombre de sus orígenes, más se desarrolla su mentalidad y más aumentan sus nece¬sidades; cada nueva facultad

que se despierta en él amplía su vida, incrementa su actividad y reclama nuevas satisfacciones.

Si en los tiempos prehistóricos el hombre primitivo podía vivir casi aislado en los bosques, limitándose a unirse a veces a otros individuos para llevar a buen término una cacería difícil o para defenderse de un peligro, era porque el número excesivamente reducido de sus necesidades, que no superaban las de un animal salvaje, requería con poca frecuencia la colaboración de otros. Es solamente uniéndose a sus semejantes como el hombre actual puede escapar a la existencia mi¬serable de sus primeros antepasados, luchar eficazmente contra las leyes adversas de la naturaleza, defender su vida y aumentar sus recursos en todos los aspectos.

No es necesario ser muy sabio ni dedicarse a extensas observaciones para darse cuenta de que las agrupaciones humanas no responden en absoluto a las nece¬sidades de los individuos. En lugar de alivianar el esfuerzo y de hacerles la vida más fácil, lo cual es la primera razón de ser de una asociación entre hombres, las sociedades aumentan la violencia de la lucha al ampliar su aspecto ingrato y reemplazar a la lucha del hombre contra las fuerzas naturales por la lucha del hombre contra el hombre.

Uno se pregunta en vano qué ventaja precisa proporciona a los hombres su unión en sociedad. Si bien el hombre aislado y errante corre a menudo el riesgo de sufrir la falta de lo necesario para su existencia, comenzando por la primera de todas las necesidades que es la alimentación, el individuo sometido a la servidumbre social no está demasiado más seguro de obtener lo que reclama su naturaleza, simplemente porque ningún contrato le garantiza el pan. Al igual que sus antepasados sobre la tierra no cultivada, es necesario que se esfuerce por obtener su alimentación, y mientras que aquellos por lo menos no se iban a las manos unos contra otros, sino cuando la penuria los impulsaba a ello, una gran cantidad de nuestros contemporáneos no comen cada día si no disputan con otros hombres el pan que los debe alimentar.

¡Que es la competencia, si no un término hipócrita que designa ese perpetuo combate de los unos contra los otros, esa guerra sin tregua que continúa, implaca¬ble, en el seno de nuestras sociedades! Se trata de una lucha no solamente execrable por los dolores que en¬gendra, sino también estúpida porque ni siquiera se puede esperar de ella el desarrollo de la fuerza física o de la inteligencia. En estos combates, el vigor del cuerpo o del espíritu no tiene más que una influencia muy pequeña. No cabe esperar que los más hermosos ejem¬plares de la raza eliminen a los otros y procreen generaciones más hermosas y más perfectas. Las sociedades lograron desterrar este último razonamiento, por el cual a veces la naturaleza parece justificar las luchas que se libran en ella. Ahora el más fuerte es el que posee. Ese vencerá y subsistirá, mientras que con frecuen¬cia desaparecieran los robustos y los inteligentes.

Las sociedades actuales no tienen como base la unión y la comunidad de intereses entre los miembros que las componen, sino muy por el contrario la división y la oposición de tales intereses. Estas sociedades subsisten sobre la base de una competencia ficticia y llevada hasta el extremo que no sólo explota el sufri¬miento de las masas en provecho de la minoría de privilegiados, sino que además restringe para todos la parte de felicidad y de vida que el hombre encontraría en una asociación normalmente constituida. Esta competencia nefasta se manifiesta de la forma más irracional. El problema no es sólo que los hombres tienen intere-ses opuestos a los de sus asociados, sino también que sus propios intereses se encuentran en contradicción unos con otros.

¿Acaso el mundo judicial tiene un gran interés, como parece en principio, en conservar la criminalidad, la deslealtad en las transacciones y todos los hechos punibles a causa de los cuales existe? Por supuesto que no.

Los criminales que dañan a sus semejantes por miseria o por perversión mental bastan para justificar la existencia de la corporación judicial. Pero al legitimar a una de sus instituciones, ellos contribuyen al mantenimiento del estado social que los llevó al crimen y permiten así que otros individuos se formen en el mismo medio, que prepara para las mismas tareas nefastas y los destina, por tanto, a los mismos castigos.

Alexandra David-Néel



Vocero de la

Federación Anarquista Local de Valdivia

www.federacionlocalvaldivia.org

Distribución en: Corral, Valdivia, Niebla, Antilhue, Panguipulli, Lanco, Malalhue y Mariquina.

Periódico Acracia complementa sus contenidos en su sitio web, alli encontraran entre otros materiales, cuadernillos, afiches, artículos, números anteriores de Acracia etc...

www.periodicoacracia.wordpress.com

En caso de querer colaborar, enviando artículos o distribuyendo números de acracia en tu ciudad o pueblo, no dudes en escribir a:

unionacrata@gmail.com